

A Good War: Mobilising Canada for the Climate Emergency (Una guerra buena: movilizando Canadá por la emergencia climática)

SETH KLEIN, 2020

EDITORIAL: ECW PRESS, CANADÁ, 300 PÁGINAS, PRECIO: 18,21€,
ISBN-10: 1770415459, ISBN-13: 978-1770415454

Seth Klein (1968) es un activista social canadiense desde que era estudiante de secundaria cuando militaba en el movimiento por la paz y durante sus años universitarios en el movimiento antirracismo. Es hermano de la periodista, escritora y también activista canadiense, Naomi Klein, conocida por su crítica a la globalización y al capitalismo. Seth Klein ha sido fundador y director del Centro Canadiense de Políticas Alternativas en la Columbia Británica, que es un instituto de investigación de políticas públicas comprometido con la justicia social, económica y ambiental. Actualmente es director de estrategia de la Unidad de Emergencia Climática del Instituto David Suzuki (<https://www.climateemergencyunit.ca/>). Asimismo es profesor en la Universidad Simon Fraser y de la Escuela de Políticas Públicas y Asuntos Globales de la Universidad de Columbia Británica, y sigue siendo investigador asociado del Centro Canadiense de Políticas Alternativas en Columbia Británica.

En su libro "Una guerra buena: movilizando Canadá por la emergencia climática" plantea la idea de tratar la lucha contra la emergencia climática como si fuera una guerra, utilizando el concepto de movilización nacional para desarrollar acciones significativas y urgentes en la lucha contra el cambio climático. Según el autor, al igual que en tiempos de guerra, la sociedad debe unirse y adoptar medidas audaces y decisivas para enfrentar la crisis climática. Propone políticas y acciones concretas que Canadá y otros países pueden tomar para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, adaptarse a los impactos del cambio climático y construir una economía más sostenible y justa. El libro tiene un enfoque provocador y su llamamiento a la acción urgente sobre el cambio climático ha generado polémicas en ciertos ámbitos sobre la necesidad de tratar la crisis climática con la misma urgencia y determinación que se haría en tiempos de guerra.

El autor propone un plan de batalla basado en lecciones clave, aprendidas durante la Segunda Guerra Mundial (SGM), y transportadas a su propuesta para movilizar a la totalidad del

país en su lucha contra la emergencia climática. Aunque el libro está centrado en Canadá y compara el esfuerzo bélico durante la guerra con lo que habría que hacer en la actualidad para combatir la emergencia climática, muchas de las acciones y recomendaciones que propone son perfectamente exportables a otros países y adoptables por ellos.

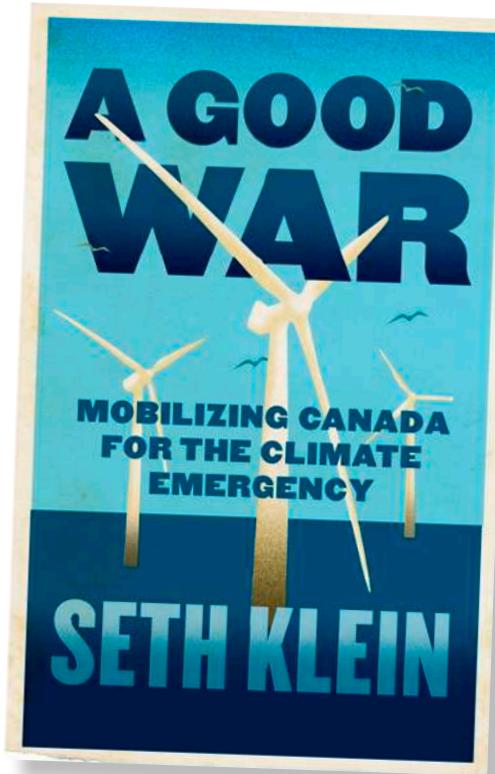
El plan de batalla que propone el autor, y que desarrolla exhaustivamente en el libro, se basa en los siguientes puntos:

Adoptar una mentalidad de emergen-

mente se está dispuesto a que los gobiernos adopten políticas obligatorias, reemplazando medidas voluntarias que simplemente incentivan y fomentan el cambio con cronogramas claros y mandatos regulatorios que impulsen el cambio y permitan cumplir objetivos ambiciosos.

Unir a la población. Muchos suponen que cuando estalló la SGM todos comprendieron la amenaza y estaban dispuestos a unirse al llamamiento que en su día hizo el presidente Mackenzie King. Pero eso no fue así. Se necesitó liderazgo para movilizar a la población. Las palabras y las acciones deben transmitir la idea de una movilización colectiva frente a una emergencia. Si los gobiernos no se comportan como si la situación fuera una emergencia, entonces efectivamente están comunicando a la población que no hay tal emergencia. Como ocurrió en la guerra, los gobiernos necesitan desarrollar y ejecutar programas publicitarios multifacéticos que aumenten el nivel de "alfabetización climática" pública y delinear y explicar sus respuestas políticas. Los medios de comunicación y las instituciones educativas necesitan replantear su enfoque ante esta crisis. Se necesita movilizar a los sectores cultural y de entretenimiento, lo que requiere una importante financiación pública para iniciativas artísticas y culturales que busquen movilizar al público. Además se hace necesario incluir mejor a la población en la toma de decisiones a medida que se perfeccionan las políticas climáticas, mediante el uso de asambleas ciudadanas y otros medios de participación democrática.

La desigualdad es tóxica para la solidaridad social y la movilización masiva. Una movilización llamada a tener éxito requiere que la población haga causa común sin importar clase, raza y género, y que tenga confianza en que tanto los ricos como las personas de ingresos medios y modestos perciban que se están haciendo sacrificios por parte de todos. Durante la Primera Guerra Mundial, la desigualdad socavó esos esfuerzos. En consecuencia, al comienzo de la SGM, el gobierno canadiense tomó medidas audaces para reducir la desigualdad y limitar el exceso de ganancias. Estas medidas son necesarias nuevamente hoy.



cía en tiempos de guerra, preparándose para hacer lo que sea necesario para ganar. Cuando se aborda una crisis en situación de emergencia (¡recordemos las medidas tomadas durante la pandemia del COVID-19!) surge la necesidad de actuar a escala de tiempos de guerra. Se crea un nuevo sentido de propósito compartido, una unidad renovada en todo el país que libera un nivel de acción política que antes parecía imposible. Las ideas económicas consideradas proscritas pasan a ser reconsideradas. Es importante destacar que colectiva-

Adoptar la planificación económica y crear las instituciones económicas necesarias para realizar los trabajos que se necesiten. Durante la SGM, partiendo de una base prácticamente nula, la economía canadiense y su fuerza laboral produjeron aviones, vehículos militares, barcos y armamento a una velocidad y escala que hoy en día parecen impensables. Sorprendentemente, el gobierno canadiense estableció 28 corporaciones públicas pero estructuradas y operadas como si fueran privadas. A diferencia de una empresa privada, una corporación pública tiene un propósito de política pública, para satisfacer las necesidades de suministro y municiones del esfuerzo bélico. Éste es sólo un ejemplo de lo que el gobierno estaba dispuesto a hacer para transformar la economía canadiense y satisfacer las necesidades de producción en tiempos de guerra. El sector privado tenía un papel clave que desempeñar en esa transición económica, pero no se le permitía determinar la asignación de recursos escasos. En tiempos de emergencia, no deben dejarse esas decisiones en manos del mercado. Durante la mayor parte de los años de la guerra, la producción y venta de automóviles privados, tanto en Canadá como en Estados Unidos, estuvo efectivamente prohibida; en cambio, esas fábricas de automóviles estaban funcionando a toda máquina para producir vehículos de guerra. Se llevó a cabo una planificación económica detallada para garantizar que se priorizara la producción en tiempos de guerra, realizando un inventario nacional de las necesidades de suministro y la capacidad de producción y coordinando las cadenas de suministro de todos los recursos básicos para la producción de guerra (máquinas, herramientas, caucho, metales, madera, carbón, petróleo y más). La emergencia climática exige un enfoque similar en la planificación económica. Debemos realizar nuevamente un inventario de las necesidades de la conversión, determinando cuántas bombas de calor, paneles solares, parques eólicos, autobuses eléctricos, etc., necesitaremos para electrificar prácticamente todo y poner fin a nuestra dependencia de los combustibles fósiles. Necesitaremos una nueva generación de corporaciones públicas que garanticen que esos artículos necesarios se fabriquen y desplieguen en la escala requerida (¡recordemos el caso del material médico durante la pandemia!). Necesitaremos enormes inversiones públicas en infraestructura verde y social para acelerar la transformación de nuestra economía y nuestras comunidades. Y como se hizo en la guerra, se necesitará movilizar mano de obra

para hacer este trabajo, desterrando el desempleo en los años venideros.

Gastar lo que sea necesario para ganar.

Un beneficio de una mentalidad de emergencia o de guerra es que obliga a los gobiernos a abandonar una mentalidad de austeridad y libera el erario público. La SGM vio una explosión en el gasto público. Para financiar el esfuerzo bélico, el gobierno emitió nuevos Bonos de Victoria públicos y se instituyeron nuevas formas de impuestos progresivos. Sin embargo, estos nuevos impuestos y lo que hasta el día de hoy siguen siendo niveles históricos de deuda pública no produjeron un desastre económico, como tantas veces se afirma. Por el contrario, presagiaron una era de prosperidad económica récord. Mientras enfrentamos la emergencia climática, financiar la transformación que tenemos ante nosotros requiere que empleemos herramientas similares.

No dejar a nadie atrás. Durante la SGM, más de un millón de canadienses se alistaron en el servicio militar y un número similar fue

ciones anteriores comparten un hilo común: desechar las ideas y supuestos económicos del libre mercado que nos han impedido hacer lo que debemos hacer frente a la emergencia climática. Durante la guerra, dada la urgencia y la escala de la tarea, tanto la población en general como los líderes del sector privado entendieron que la transformación económica tenía que estar dirigida por el Estado. El gobierno canadiense cuando estalló la SGM era una administración orientada al libre mercado (de hecho, esa orientación había limitado gravemente la acción gubernamental durante la Depresión de la década de 1930, al precio de grandes dificultades). Pero ante la urgente necesidad de la guerra, sus líderes flexibilizaron sus posiciones. Estaban preparados para adoptar un nivel de planificación económica, inversión y empresa públicas que antes parecía inimaginable.

Transformar el gobierno. Una vez que se reconoce verdaderamente una emergencia prolongada, todas las instituciones y maquina-

Según el autor, al igual que en tiempos de guerra, la sociedad debe unirse y adoptar medidas audaces y decisivas para enfrentar la crisis climática

empleado en la producción de municiones (muchos más de los que se emplean hoy en día en la industria de los combustibles fósiles). Después de la guerra, todas esas personas tuvieron que ser reintegradas a una economía en tiempos de paz. Eso también requirió una cuidadosa planificación económica y el desarrollo de nuevos programas para los soldados que regresaban, desde apoyo a los ingresos, hasta vivienda y formación posterior a la escuela secundaria. Esos programas de posguerra no fueron simplemente el resultado de la generosidad y la buena voluntad del gobierno; surgieron de las demandas de los movimientos laborales y sociales, que después de los estragos de la Gran Depresión y la guerra insistieron en un nuevo acuerdo. La ambición de estas iniciativas proporciona un modelo de cómo puede ser hoy una transición justa; deberían inspirarnos a desarrollar programas sólidos para todos los trabajadores cuya seguridad económica y laboral está actualmente ligada a la economía de los combustibles fósiles, con especial atención en aquellas provincias y regiones que más dependen de la producción de petróleo y gas.

Rechazar la camisa de fuerza del pensamiento económico neoliberal. Todas las lec-

ria del gobierno se concentran en la tarea de afrontarla. Durante la SGM, el presidente King nombró un poderoso comité de guerra para supervisar los esfuerzos del gobierno. Necesitamos hoy un comité de guerra de emergencia climática y una secretaría de emergencia climática en la oficina del primer ministro coordinando nuestra respuesta de emergencia como un enfoque de todo el gobierno. Así como se tiene en la actualidad una arquitectura de gobierno para la planificación fiscal, la elaboración de presupuestos, las consultas presupuestarias y la rendición de cuentas, también se necesitará construir sistemas similares para la elaboración de presupuestos de carbono. Necesitamos nuevos programas federales, provinciales y municipales de costos compartidos centrados en la crisis climática, para financiar de manera colaborativa nuevas infraestructuras verdes e iniciativas de capacitación laboral, con fondos destinados de manera proporcional a las provincias con mayor impacto. Se necesitan personas visionarias y creativas en puestos de liderazgo clave en la administración pública, así como expertos externos, líderes de la sociedad civil y empresarios para impulsar el cambio. Y finalmente se necesita que todos los partidos políticos impulsen agendas políticas que sean ➔

➔ verdaderamente consistentes con lo que la ciencia nos exige. Todas las acciones en los diversos departamentos estarán supeditadas a la acción climática.

El liderazgo, la cultura, los títulos y los derechos indígenas son fundamentales para ganar. Los pueblos indígenas jugaron un papel importante en la SGM. Hoy en día, su papel para afrontar con éxito la crisis climática es fundamental. Es imperativo honrar y apoyar tales esfuerzos, primero incorporando la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas en la ley en todos los niveles de gobierno y, segundo, garantizando que las comunidades y naciones indígenas sean socios plenos en el desarrollo de los planes de emergencia climática.

Cada uno tiene que poner su granito de arena. La SGM fue un esfuerzo bélico total que no fue solamente perseguido por el gobierno, el ejército y las empresas manufactureras de guerra. Todos los hogares desempeñaron su papel. Todas las empresas del país hicieron ajustes. Todas las instituciones estaban comprometidas. Lo mismo tendría que ocurrir hoy para afrontar la crisis climática. Los hogares tendrán que cambiar su consumo, su transporte y la forma de calentar sus hogares. Todas las empresas e instituciones, públicas y privadas, necesitan planes de transición. Los movimientos sociales tendrán que mantener a los gobiernos en pie de guerra en cada etapa.

Esta vez, no se deben sacrificar los derechos humanos. La invocación por parte del gobierno de la Ley de Medidas de Guerra en 1939 tuvo un precio demasiado alto. Se encarceló e internó a personas sin el debido proceso. Ciertas comunidades fueron reubicadas por la fuerza. Se abandonaron las libertades civiles. La experiencia de Canadá en tiempos de guerra ofrece advertencias sobre lo que no se debe hacer. La crisis actual brinda una oportunidad histórica para evitar los errores del pasado y participar en una forma de movilización de emergencia que sea colaborativa más que coercitiva.

Canadá no es una isla. Aunque la población de Canadá es relativamente pequeña, y si bien las emisiones internas de gases de efecto invernadero (GEI) de Canadá pueden ser pequeñas a nivel global, también es un importante exportador internacional de combustibles fósiles. Además de tomar medidas climáticas internas, Canadá debe asumir responsabilidades para con el resto del mundo. Durante la SGM, Canadá fue extremadamente generoso con las transferencias financieras a varios aliados, a pesar de demandas internas sin precedentes. Las emisiones históricas de



GEI de Canadá per cápita han sido desproporcionadamente altas, además de ser uno de los países más ricos del mundo. Teniendo en cuenta todo esto, corresponde a Canadá aumentar sustancialmente las transferencias financieras a los países más pobres, particularmente en aquellas regiones más afectadas por la crisis climática y el clima extremo. No se trata de una cuestión de caridad, sino de necesidad y justicia. Además, se debe corregir uno de los capítulos más vergonzosos del legado de Canadá en la SGM: la respuesta a los refugiados. Antes, durante y después de la guerra, Canadá se negó a abrir sus puertas a las personas que huían de la persecución, en particular a los judíos que buscaban escapar de la Europa ocupada por los nazis. En las próximas décadas, las crisis de las personas desplazadas por los impactos climáticos seguramente serán un tema decisivo. Esta vez Canadá debe actuar de forma solidaria con los más afectados por el cambio climático.

Cuando es necesario, los verdaderos líderes se saltan las reglas. Ante una crisis humanitaria, hay personas que desafían las órdenes y las normas de su tiempo y circunstancias. Son ellas quienes cambian el curso de los acontecimientos. Estas son algunas de las personas que recordamos de la SGM, y serán las personas que la historia volverá a recordar como paladines de la emergencia climática.

Conoce a tu enemigo. Antes de entrar en batalla, necesitamos saber a qué nos enfrentamos. El enemigo estaba claro en la SGM; hoy, menos. Nos enfrentamos a numerosas barreras al cambio, en particular una industria de combustibles fósiles que ha hecho mucho para bloquear la acción climática. Una de las barreras más insidiosas es una dinámica que

se puede llamar "nuevo negacionismo climático", junto con sus diversas manifestaciones en forma de retardismo, "green-washing", desviación de los objetivos esenciales, etc. El nuevo negacionismo climático domina actualmente nuestra política y es el nuevo modus operandi de la industria de los combustibles fósiles.

El libro añade un capítulo sobre la crisis del COVID-19 que todavía estaba presente cuando el libro se publicó. Esta crisis ha demostrado que somos capaces de cambiar nuestras costumbres con notable rapidez, descubriendo cómo trabajar desde casa y empleando la tecnología para socializar de forma remota con amigos y seres queridos. Al igual que en la guerra, la pandemia ha obligado a cambiar nuestras rutinas y prácticas diarias en el hogar y en el trabajo. Cuando una emergencia se afronta como una crisis, como fue el caso de la pandemia, todo queda supeditado al objetivo final y esta es la lección que el autor nos transmite en este libro en el que compara dos crisis graves (Segunda Guerra Mundial y Cambio Climático) y las lecciones que podemos aprender de ellas.

El paralelismo que el autor desarrolla para afrontar la crisis climática con lo que se hizo para afrontar la crisis de la SGM puede resultar en algunos aspectos polémico o excesivo, pero lo que resulta indudable es el valor de este libro, en muchas de sus recomendaciones, para plantear herramientas para una comunicación eficaz. Muchas imágenes y conceptos que se desarrollaron para impulsar en su momento el esfuerzo bélico con ligeras adaptaciones pueden aplicarse para comunicar la urgencia y necesidad de la transición a gran escala que implica abordar la emergencia climática.

ERNESTO RODRÍGUEZ CAMINO